

Resistiendo al olvido. Tendencias recientes del movimiento social y de las organizaciones campesinas en Colombia

Suhner, Stephan

Bogotá: Editorial Taurus & Unrisd, 2002.

Fernando Cubides Cipagauta

*Profesor Facultad de Sociología e Investigador
IEPRI, Universidad Nacional de Colombia.*

LA CUESTIÓN DEL CAMPESINADO, tan abordada por las distintas ciencias sociales desde sus orígenes hasta bien entrada la década de los

años setenta del siglo XX, ha estado en las últimas décadas sumergida en una especie de olvido, poco tratada, subsumida en otros temas y problemas; de allí el título que escogiera este autor, junto con sus editores. Un título tan descriptivo, tan bien logrado en ese propósito de definir los alcances del texto,

que casi hace innecesaria una consideración sumaria más detallada acerca de su contenido. Es del todo cierto que a la cuestión campesina hace falta rescatarla en su pertinencia actual, examinarla a la luz de los nuevos términos del problema, de nuevos enfoques, y lo apremiante que resulta todo ello

en un contexto nacional tan intrincado, tan conflictivo como el nuestro. Es así mismo cierto que los *policy-makers*, los *decision-makers*, unos y otros, al igual que la mayoría de los investigadores, la han relegado a un segundo y aun a un tercer plano, cuando no la han olvidado del todo. En ese sentido, este libro llega en forma muy oportuna y responde a una clara necesidad.

Además de su pertinencia, de su urgencia, no hay tampoco duda alguna acerca de las buenas intenciones del autor, de lo laborioso de su esfuerzo por abarcar la etapa más reciente de la evolución del problema a partir de las fuentes accesibles. Está por encima de toda sospecha en cuanto a sus buenas intenciones, como la entidad en cuyo marco ha adelantado su labor como investigación: el Instituto de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social, Unrisd. Su destacable tensión por la objetividad le lleva a ser minucioso en la recapitulación de hechos significativos, en la búsqueda de fuentes alternas a las oficiales, en la elaboración de entrevistas con personas cuya representatividad sea notable, así como en orientarse en ese bosque de siglas, que se ha ido formando (y desdibujando) a medida que surgen, se fusionan, se subdividen, o desaparecen las organizaciones que han aspirado a representar los intereses del campesinado colombiano. No obstante, todo lo anterior sumado no garantiza que el trabajo sea bueno, e incluso en el tratamiento general, así como en algunos de los pasajes, se advierte que una de esas características (el toque cosmopolita y *bienpensant*, organizar la información y exponer los hechos "para consumo externo", una cierta desenvoltura en el abordaje del problema, en la aproximación a los hechos) puede incluso traducirse en una limitación del trabajo, lo cual induce,

como trataremos de mostrar, a errores gruesos de perspectiva.

El más notorio a nuestro juicio es que, en un comienzo, presenta muy bien las dificultades al ofrecer una definición actual y comprensiva del campesinado, pero luego, a lo largo del análisis, prescinde de ellas por completo. La constatación inicial es válida, y ha sido hecha por especialistas de varias latitudes: ¿Qué significa hoy por hoy ser campesino en general, y en países como el nuestro? ¿Es posible trazar hoy, como lo era hace unas décadas, una distinción neta entre lo rural y lo urbano, una tipología que diferencie luego en cada caso lo campesino de lo "otro", que vendrían siendo el conjunto de clases sociales de la era industrial, etc.?

Sin embargo, aun cuando la dificultad es patente, el investigador suizo cuyo trabajo reseñamos, procede, tras enunciarla, a hacerla a un lado, asignándole al "campesinado colombiano" toda una serie de atributos, de rasgos, cualidades y actitudes que postula como incuestionables, autoevidentes: "El campesinado hizo..." "los campesinos dijeron..." "los campesinos aspiran...". La enunciación problemática inicial se convierte así en un ritualismo que incita pero no aplica, que no parece guardar relación alguna con el tratamiento que le da a la documentación, con la debida circunspección con la que se debería aprehender el material empírico que ha acopiado en su trabajo. En ocasiones se ve obligado a diferenciar, y nos enteramos entonces de que:

Campesinos acomodados y pequeños agricultores están a veces organizados en gremios y asociaciones de productores como Asopapa, los arroceros, etc., que a su vez forman parte de la Sociedad de Agricultores de Colombia, SAC. La SAC tiene relaciones con el gobierno y no apoya las acciones directas, lo que ha llevado a un sector de pro-

ductores a organizarse alrededor de Salvación Agropecuaria, que se ha enfrentado con la SAC y que ha protagonizado grandes movilizaciones (p. 81).

En todo caso, la no definición adecuada del campesinado colombiano, el no ser coherente con el enunciado según el cual el problema es "complejo y contradictorio", le lleva a tomar con toda literalidad lo que afirman todas las organizaciones que dicen representar al campesinado, sin ponderar, sin cuestionarse su real representatividad.

En toda la literatura reciente acerca del tema (desde el trabajo de la Misión de Estudios sobre el sector agropecuario en 1990, sobre la base de la información más exhaustiva hasta ahora) se afirma que la estructura de la tenencia de la tierra en Colombia es bimodal, entendida ésta "como la concentración de predios en rangos de tamaño pequeño, y la concentración de superficie en los rangos de mayor tamaño", tal y como asevera el informe de dicha Misión. Desde entonces la fórmula se ha empleado como un axioma, pero no siempre se extraen las consecuencias; no basta con acogerla; no siempre de la enunciación se deducen las consecuencias que tiene sobre la composición actual del sector rural colombiano. Y para el caso habría que preguntarse qué consecuencias tiene sobre la cobertura y las modalidades de organización.

Con base en algunos casos ejemplares, Suhner afirma que existe en el período más reciente un fortalecimiento de las diferentes organizaciones sociales del agro, pero no porque indique la tendencia y la demuestre como tal, sino como una especie de *wishful-thinking*, una expectativa benevolente acerca del curso futuro de los acontecimientos. Así, proactivo al fin y al cabo, incurre en vaticinios

en el momento en que redacta su escrito, que no se habían cumplido ya para la fecha de su publicación, cuando habrían tenido que cumplirse: las movilizaciones que se irían a dar por parte de los cultivadores de coca y en contra del Plan Colombia, una especie de reedición más intensa de las marchas cocaleras de 1996 (pp. 77 y 120). En contraste, respecto del pasado, al recapitularlo lo que señala como tendencia es una serie prolongada de frustraciones acerca de las acciones organizativas que se emprendieron, y las movilizaciones sociales que fueron promovidas por las organizaciones existentes, y entonces se deja llevar de una suerte de maniqueísmo bien intencionado y por la teoría conspirativa de la historia que lo subyace: los campesinos, ingénitamente buenos, movilizándose una y otra vez en contra de gobiernos oligárquicos, esencialmente malos, que mediante procedimientos arteros se proponen, y consiguen, una y otra vez, frustrar sus posibilidades, desarticular sus organizaciones.

Suhner derrocha simpatía por el movimiento campesino, y ese puede ser un buen punto de partida para el conocimiento (recorremos que era uno de los postulados más firmes de los que partía Levi-Strauss en *Tristes trópicos*: “Una curiosidad plena de simpatía por las costumbres campesinas y el pensamiento popular”), aunque a condición de que se lo corrobore, se lo contraste, se lo ponga a prueba “con beneficio de inventario”; un átomo de criticismo respecto de lo que postulan los dirigentes de las organizaciones no vendría mal. Con referencia a la cobertura y representatividad de las organizaciones que se dicen campesinas, por ejemplo, además de las entrevistas a algunos de sus dirigentes, y a fuentes interesadas, valdría la pena acudir a la base de datos sobre organizaciones y asociaciones,

y extraer conclusiones que orienten un tanto en esa profusión de oenegés que han brotado, muchas de ellas a favor de estímulos externos, o necesidades prácticas, pero sin verdadera representatividad. En todo lo que tiene que ver con la organización tenemos aquí mucha descripción (y una descripción más bien plana) y poco análisis.

Acerca de la reforma agraria, de sus intentos más recientes, en particular la Ley 160 de 1994, hay tanto de ancho como de largo. El autor supone, por ejemplo, que existe un movimiento masivo a favor de las zonas de reserva campesina en áreas de colonización, puesto que ha surgido una forma organizativa en esa dirección. No obstante, dicho movimiento, examinado sobre el terreno a partir de experiencias regionales, no lo hemos visto como tal. En casos en que los inspiradores de la ley creían ser los más maduros para dar cuenta de su aplicabilidad (la zona de colonización al sur de la serranía de la Macarena, en concreto) nos hemos encontrado con que esa reivindicación no tiene dolientes, que por varias circunstancias —entre ellas la actitud de la guerrilla—, no ha sido posible impulsarla o promoverla. Así mismo, Suhner acoge la férrea “ley de los tres estadios” según la cual el colono, de un modo ineluctable, incorpora tierra baldía, que va a parar al comerciante de tierras y por fin al latifundista. Ésta hace rato dejó de ser la tendencia, pues la rentabilidad de los cultivos ilícitos ha hecho posible un excedente para el colono campesino. Lo anterior se relaciona con otra presunción discutible en este libro: la de que el agrarismo de las guerrillas, en particular el de las FARC, sigue siendo el mismo de los primeros tiempos: si fuese así no se explicaría por qué la guerrilla ha promovido el movimiento de colonización hacia la periferia,

auténtica válvula de escape de la cuestión agraria, que disminuye la presión sobre la tierra más apta para el cultivo, y más próxima al mercado, aplazando *sine die*, una auténtica redistribución.

Otro defecto notorio del texto es que sus capítulos parecen haberse redactado en épocas distintas, lo que da lugar a incongruencias y contraevidencias. En muchos pasajes se está hablando del año 1999, en otros de los años 2000 y 2001, en tanto que en la introducción abundan las referencias a lo más inmediato y actual: los comienzos del gobierno Uribe. Pero lo anterior no sería mayor inconveniente, si aparte del modo como ello afecta al flujo narrativo, la unidad de estilo y la cronología, no hubiese incurrido también en apreciaciones contraevidentes en asuntos clave: el carácter y significado de las audiencias públicas en el Caguán durante el fallido proceso de paz de la administración Pastrana: en ocasiones se las considera “una instancia de participación de la sociedad” (p. 56) y se hace gala de un optimismo de oficio, bienintencionado, hacia ellas; en otros momentos se las considera con más retrospección, con todas las limitaciones, la reiteración y el ritualismo y, en fin, la inocuidad que las caracterizaron, vistos los resultados.

Un punto más sensible es la contraevidencia en que incurre respecto de su modo de apreciar las célebres marchas cocaleras de 1996, que han dado lugar por cierto a muy buenos análisis, a tesis doctorales y a crónicas sesudas y de cuya documentación sin embargo hay mucha sustancia por analizar todavía. Mientras que en la página 140 nuestro investigador afirma tajante: “Así, las grandes movilizaciones del sur en 1996 fueron más que todo una gran derrota para los campesinos y no contribuyeron para nada (sic) a la solución de los problemas, no tanto por culpa del movimiento

campesino mismo, sino por intransigencia del gobierno”, en la página 179 se nos dice en cambio que “las marchas cocaleras de 1996 (...) sirvieron al movimiento campesino como impulso para realizar un significativo proceso de fortaleci-

miento en aspectos de organización, coordinación y de capacidad de convocatoria y de elaboración de propuestas”. Lo que conduce al lector, siguiendo a ese elegante escéptico latino que fue Poncio Pilatos, a preguntarse: ¿Dónde está la verdad?

Tal vez en este balance hayamos subrayado los defectos del libro –y es inevitable, pues son protuberantes–, pero hay que decir que su lectura es provechosa, en más de un sentido, y que contribuye a replantear un debate crucial.